

Los Elefantes del Kilimanjaro (4/7)

Por Falso

9.

Viernes 27 de octubre. 2006

Clara volvió la semana pasada. El sábado en la noche nos vimos en un bar. Después de tres cervezas, me contó que había traído plantas desde Chiapas, que se las llevaría junto con grabaciones de audio y una montaña de fotografías. Me enseñó algunas que había impreso esa misma tarde. En una, por ejemplo, se veía un extranjero siguiendo a una señora indígena. Detrás tenía escrito: "Si me alcanzas, dejaré de darte miedo. ¿Estás seguro?". Le dije que no entendí y Clara respondió con una carcajada. Después de un rato de silencio, dijo:

-No me hagas caso, estoy loca, nadie le entiende a mis minificciones.

-Así que además de ser repostera y fotógrafa, ¿eres también escritora de minificciones?

-Ajá. Escribo desde la prepa, seguramente muchas de las anécdotas que te contaba eran algunas de mis primeras ficciones.

-Eso es una forma de decirlo.

-¿Me estás llamando mentirosa?, ¿cabrón?

-Bueno, ¿y para qué tanta recolección?, ¿no piensas volver o qué?

-Si vas a venir conmigo no preguntes. Es más, si me vuelves a preguntar una sola cosa respecto a mis viajes y lo que hago, daré por hecho que no vas a acompañarme.

-¿Eso quiere decir que conoceré todos tus misterios solo si te acompaño?

-No, eso quiere decir que quiero que vengas conmigo.

A partir de esta frase solté la tensión en mi cuerpo. Por alguna razón sentí que ella había decidido bajar la guardia. La vi sonreírme, beber de su cerveza entrecerrándome los ojos hinchados.

-Me emociona que vengas, no te la vas a acabar con este viaje.

-Oye Clara. ¿De veras querías ser cantante?

-No, quería cantar en Siempre en Domingo, es distinto. Fíjate, por mucho tiempo lo creí cierto, ¿tú crees? Empecé a evadir la realidad desde la secundaria. Parecía que había besado a todos los novios que me inventaba. Luego me era difícil distinguir entre la verdad y mis mentiras. Eso me trae problemas ahora, es muy difícil saber cuáles de mis recuerdos ocurrieron realmente. Sobre todo uno, que según Rogerio es el que detonó las ganas de evadirme.

-¿Cuál es ese recuerdo?

-Pues te lo voy a contar. Uno, porque estoy borracha. Dos, porque entre más lo cuento más me libero de su peso. Tres, porque este viaje requiere que me tengas confianza y cuatro, voy al baño.

Se levantó de su silla, la miré alejarse en su falda negra a los tobillos, bien ajustada en las nalgas. En ese breve lapso de tiempo, mientras Clara estaba en el baño, caí en cuenta que debía tomar una decisión. Dejar de imaginar un lazo espiritual hacia ella, cortarlo y regresar a casa, o dejar volar la imaginación y enfrentar las consecuencias de mi insensatez. El momento era claro. La seguridad con la que ella me pedía que la acompañara me hizo pensar que quizás no

era tan arriesgado, que se traía algo entre manos para mí. Por otro lado, tal vez estaba loca, quizás hablaba por hablar. Ella misma acababa de decir que le era difícil distinguir la verdad de sus mentiras. ¿Y si yo era su herramienta para evadir la realidad en Lisboa? Eso me preguntaba cuando la vi salir del baño y acercárase con la mirada fija. Valía la pena.

-He decidido que quiero escucharte -le dije antes de olerla.

-Muy bien, porque tengo tantas ganas de hablar, que no me vas a poder detener. Allí en el baño, mientras orinaba, me di cuenta que es un acierto traerte. Creo que ya sé por qué quiero que vengas conmigo, me inspiras mucha confianza. Y te quiero. Pero en fin, antes el recuerdo:

"Cuando te fuiste a estudiar no sé qué cosas a la ciudad de México, yo empecé a aprender gastronomía por mi cuenta. Descubrí mi talento para descifrar recetas, para intuir las dosis y los ingredientes exactos. Rápido logré la cocina de un restaurante en el centro y el reconocimiento de un empresario que me dio la oportunidad de viajar a varias ciudades, hasta estar seis meses en Barcelona encargada de un restaurante mexicano. Cuando regresé a Oaxaca, me di cuenta de que siempre pertencí a otro lugar, que mi vida estaba en otra parte. Quería volver cuanto antes a Europa, pero mi padre estaba muy enfermo a mi regreso. Me dediqué a cuidarlo. Mis hermanos argumentaban múltiples ocupaciones que los mantenían alejados del cuidado. La muerte de mi padre era ineludible, yo lo sabía. Lo afronté sola con él. Cuando lo enterramos, fue como si hubieran destapado un barril de mierda. Me empezó a caer por todo el cuerpo y la peste me seguía a todas partes. Si me detenía en alguna esquina, escurría a toda la gente. Tenía que alejarme de todos. Ese

recuerdo me había destapado el barril que venía cargando por años.

-¿De verdad quieres contarme?

-Sí, porque después tú podrás sacar por fin eso que no le has dicho a nadie.

-¿Qué cosa?

-¿Tú sabes qué cosa? No puedes con la culpa. Mira, te voy a animar con mi relato, pídeteme otra cerveza. Otras dos. Mi madre era de un pueblo de la costa. Nopala.

-Sí, he pasado por ahí.

Busqué a un mesero, levanté dos dedos y al volver mi cara hacia Clara, ella empezó a hablarle a su cerveza. Levantaba las cejas en cada silencio.

-Pues el velorio, el entierro, los rezos fueron allí. Viajamos todos. Yo tenía doce años. Mis hermanos, catorce y dieciséis. Al atardecer fuimos al río, todos los primos, a bañarnos. Mis hermanos estaban felices con sus nuevos familiares, sobre todo con las nuevas mujeres en su vida. Yo me metí a nadar en calzones y una playera blanca. Cuando entré en el río, noté que mis prendas me quedaban más justas que nunca, algo había pasado con mi cuerpo en ese viaje. Mientras todos jugaban y se salpicaban agua, yo me alejé hacia un extremo para sentir mi nuevo cuerpo. La luz que alcanzaba a filtrarse por los árboles iluminaba mis formas, mis vellos le daban una nueva textura a mi escalofrío. No aguanté las ganas de tentarme. Mis piernas eran más gruesas, los senos turgentes, mi cabello más pesado, incluso mi piel despedía un nuevo olor. Estaba tan concentrada en mí que no noté que alguien me miraba. Alcancé a escuchar su respiración agitada. Brinqué de susto, volví hacia donde estaba el relajo a toda prisa.

"Esa noche mi padre tenía que volver a Oaxaca para llegar temprano a su trabajo. Todos teníamos escuela, pero mis hermanos lograron convencerlo de quedarse un par de días y volver con uno tío fulano. A mí no me dejó, argumentando que perdería clases. Yo fui obediente y accedí sin ningún pataleo, estaba acostumbrada a tener un trato diferente al de mis hermanos. En el camino, antes del amanecer, mi padre se detuvo en un punto de la sierra. Tengo que echarme una siesta, me dijo. Cerramos los ojos y él empezó roncar. Sus sonidos me llevaron de nuevo a la escena del río, a mi piel pegajosa por el agua, a mis pies sobre los guijarros, mi olor a romero, mis carnes más gruesas. Mientras recordaba cómo la luz me recorría, empecé a sentir un escalofrío en las piernas, sentí cómo mis vellos se erizaban. Ese escalofrío fue subiendo poco a poco hasta llegar a mi entrepierna. Estaba muy húmeda. Me olvidé de todo, estaba en otra parte. Desperté de ese transe por el dolor que sentí cuando mi padre me mordía un pezón. Vi mi pecho, levantado al extremo, dentro de su boca. Mi vagina estaba cremosa. Sólo sentí cómo algo externo a mí la atravesaba. Era un dolor soportable. Aguanté mis fuerzas y me hice la dormida. Me olvidé de todo, como si algo dentro de mí hubiera decidido sedarme. Dejé de sentir mi cuerpo, me concentré en la oscuridad de mi interior.

"Cuando desperté estaba en mi cama. El uniforme de la escuela estaba a mis pies. Al instante entró mi padre. Linda, es hora de ir a la escuela, me dijo. ¿Todo había sido un sueño? ¿Una alucinación producida por el hallazgo de mi sensualidad? Estaba un poco desconcertada porque mi padre era el mismo de siempre, sonriente, feliz. ¿Era yo la que había imaginado? Pensé que si hubiera sido verdad, algo raro se notaría en él. Pero no, ni esa mañana ni nunca más se notó raro, ni siquiera en sus últimos minutos de vida fue

distinto. A veces, en la intimidad, la imagen de mi padre mordiéndome un pezón aparecía de la nada y me desconcertaba. Ese terreno era imposible para mí. Cuando alguien iniciaba una conversación con "tengo que confesarte algo", todo me temblaba, me quedaba muda y dejaba de escucharlos. En fin, junto con el barril de mierda, la muerte de mi padre me dejó mucho dinero. Les dejé la veterinaria a mis hermanos y puse mi cafetería. Con mis ganancias comencé a viajar, a visitar a los amigos que había hecho en mis anteriores estancias. Estar lejos de Oaxaca comenzó a aliviarme paulatinamente, así que cada vez fueron más frecuentes mis salidas. Me sentía limpia, o al menos nada sucia. Sobre todo después de conocer a Rogerio. Mis resentimientos, mis culpas, mi tensión perdía peso a medida que lo conocía. Si estoy comprometida con Rogerio, es porque es el inicio de un camino que ya he decidido tomar. Y no es evadir la realidad, como han argumentado fuertemente mis hermanos, muy al contrario, es confrontarla. Quienes la evaden son ellos, todos ustedes, el mesero, el tipo que camina en esa calle.

-¿Me estás pidiendo que te acompañe a evadir la realidad?

-No, a confrontarla.

-¿Cómo?

-Otra vez, ¿me vas a acompañar o no? Todos traemos traumas personales que nos frenan. Aceptar las mías fue confrontarme con una pequeña dosis de mi realidad. Es necesario, ya lo verás.

Toda la conversación me dejó mareado. De nuevo sus gestos, sus ademanes, de nuevo la intensidad de activista en determinadas frases. Clara me pidió que le confesara mi secreto, aquello que a nadie le he contado. No supe cuál.

Después de dejarla en su casa, me dijo que tenía que soltarme de ese freno, que era necesario para mirar en nuestro viaje. A pesar del miedo que había sentido después de su confesión, sentí un lazo fuertísimo que me unía a ella. Nunca me hubiera imaginado escucharla así. Tan intrigante su pasado como lo que está por venir. Estoy seguro de seguirla.

Al volver al cuarto vi a Ximena tirada en la cama encabronada. No quiso mirarme. Pensé en lo que nos tiene atados. Jamás avanzaremos si no lo aceptamos, si siempre lo callamos. ¿Pero avanzar hacia dónde? Toda la semana traté de averiguarlo. Ella ha estado a la defensiva, quizás ha estado haciéndose la misma pregunta, ¿avanzamos hacia alguna parte?

10.

sábado 27 de octubre. 2006

Camino hasta las faldas del cerro del Fortín. Llego al departamento de Javier con la esperanza de que al menos tenga cervezas en el refrigerador.

Abre el portón y me invita a pasar. Atravesamos el patio, subimos al tercer piso por unas escaleras húmedas y estrechas. Entramos en un estudio alumbrado sólo por veladoras. Se me hace un hueco en el estómago. Tal vez es por el olor: una mezcla de cerveza, mota y calcetines guardados. Parece que lleva días aquí adentro, despeinado, con la ropa sucia.

Me ha traído a la cocina a probar de su nuevo mezcal. Le doy un sorbo y él sale hacia la zotehuela. Lo sigo. Arriba, el cielo está más negro y estrellado que nunca. Se asoman

llamaradas en puntos aleatorios. Humo. Gente acurrucada en las barricadas. Cohetes. Nos quedamos callados.

Hoy en la mañana me dijo Ximena que nos regresáramos a México cuanto antes, que ya está hasta la madre, que si no la sigo se regresa ella sola. Le confesé que yo me voy de viaje, que necesito pensar en torno a mí y que ella debería hacer lo mismo. Ella me soltó manazos, pensando que la estaba terminando, seguramente no era la reacción que esperaba. Saqué a colación lo del año pasado y fue aun peor, ella no quería que saliera a flote. Cállate, Dustín, no toques eso, me decía. Le dije que teníamos que aceptar que ese remordimiento es lo que nos tiene amarrados, que ya ni nos soportamos pero nos seguimos como si estuviéramos obligados. Ella me dijo que tampoco era feliz, pero que no era necesario para que le devolviera a su hijo, que por eso me ha seguido a todas partes, por eso me ha soportado todo y no se merece que haya dejado de amarla. Sentí culpa, pero ya no podía doblarme. Le dije que este viaje a Oaxaca había sido una fuga, que no soportábamos ya ese departamento en el DF, que deberíamos dejar la simulación y separarnos, por lo menos, un tiempo. No mereces que haya dejado de amarte, le dije, pero tampoco mereces que esté contigo por culpa. Algo estaba podrido después de mi confesión, así que no vi ni por donde pudiéramos seguir juntos, y se lo dije. Ximena me soltó manazos hasta el cansancio. Nos quedamos dormidos.

Después de aceptarlo, me sentí mejor. Ella no quiso despegarse de la cama. Me di cuenta que nuestra relación se había alargado por mi temor a hacerle daño.

Toda la tarde le pregunté si entiende lo que sucede, pero se mantuvo muda. De todas formas no tengo nada más. Ya le dije que he decidido hacer un viaje sin ella, confrontar

la realidad en su ausencia. Y que creo que debería hacer lo mismo. Algo se rompió hace un año, y hasta ahora vemos cómo se destroza en el piso.

Mi hermano fuma, sostiene su mezcal y contempla la ciudad como si fuera el dueño de todo. Tal vez intuyendo mi pensamiento, pregunta por Ximena. ¿Para cuando los hijos?, me dice después. No respondo. Voltea y sostiene su mezcal en silencio, continúa con la vista en la noche. Suspira.

-Sigo pensando que la solución era la renuncia del gobernador. No porque me caiga mal el cabrón, sino como un símbolo. Un cambio de piel, al menos la sensación de que todo este desgaste valió la pena.

Abajo se ve mucho movimiento.

-Dicen que algo está por suceder. Y se siente en el aire. Mejor regrésate a tu cuarto, Ximena debe estar preocupada. Por ningún motivo salgan mañana.

Me termino el mezcal de un trago. Salgo. La frente se me engrasa como si acabara de despertar de la siesta. Miro al cielo. No hay tantas estrellas como creí. Siento que he desperdiciado el tiempo. Las barricadas comienzan a comunicarse con el sonido de caracoles. Camino hacia el cuarto y pienso en mi hermano. No tengo idea de lo que él estaba pensando.

He vuelto al cuarto. En la barricada de la esquina me abrieron paso con asombro. Me siguieron con la vista como si fuera un elefante entrando en la calle. Me siento fuera de su mundo. De hecho, este último mes no me he sentido parte de nada. Prendo la luz. Ximena ha cerrado la puerta de la recámara. Ya la conozco, así que mejor me recuesto en el

sillón. Me quito los tenis, los calcetines. Saco de la maleta la cámara digital que compramos el año pasado. Debería estar llena de fotos. No salimos juntos en ninguna. Me levanto a apagar la luz. Me hubiera gustado tener una en donde me viera enamorado. Apago la luz, me aviento al sillón sin soltar la cámara. Por primera vez voy a deshacerme de algo. Escucho el sonido de los caracoles. Siento frío. Me apunto con la cámara, aprieto el botón y el rostro se me ha iluminado.

He pasado la noche tomándome fotos.

-Abre la puerta -le digo a Ximena-, necesito vaciar mi memoria en la iBook. Anda, que me urge volver al centro a sacar fotografías. Ya están los federales. ¿No oyes?